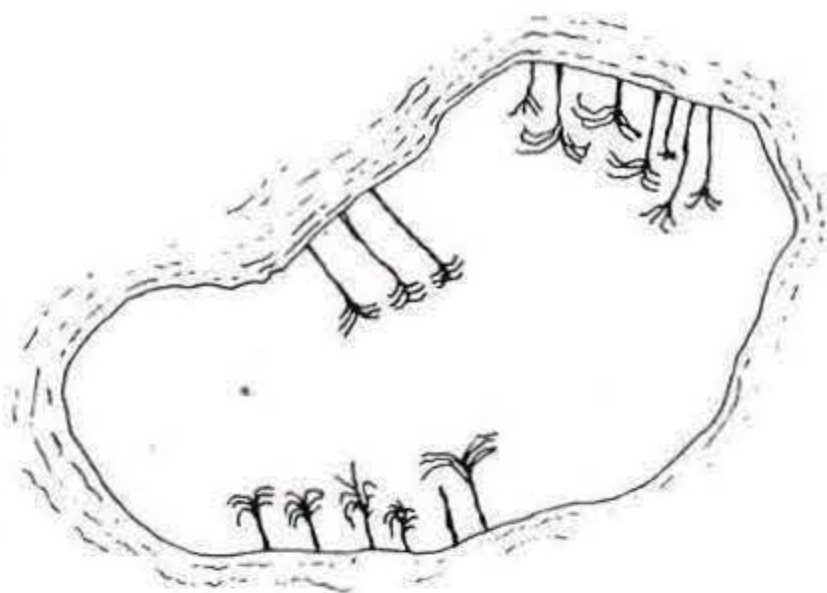


la familia antioqueña, volvían a colocar al conservatismo en el poder.

En conclusión, el libro de Luis Javier Ortiz es, a la vez, pionero y abre boca; rescata gran cantidad de información, de la cual necesitábamos los antioqueños y todos los demás interesados en descubrir un pasado político un tanto difuso o pasado por alto en otras obras (F. Safford, *Significación de los antioqueños en el desarrollo económico Colombiano*, donde se sostiene que los antioqueños no estuvieron muy interesados en la política durante el siglo XIX). Sus fuentes van desde la prensa liberal y conservadora de la época, hasta los registros electorales y oficiales. Además, cuenta con un completo apoyo de las fuentes secundarias más autorizadas. Tal vez lo más importante sea su valor didáctico, aunque desafortunadamente éste tenga que sufrir las ya atávicas limitaciones de una política editorial y comercial sin formulación central y cultural alguna.

JORGE ALBERTO RESTREPO R.



En la isla de Providencia se encuentra la salvación eterna

Providencia: Las actividades colonizadoras de los puritanos ingleses en la isla de Providencia
Arthur Percival Newton
Banco de la República, Bogotá, 1985,
301 págs.

La colonización inglesa de los puritanos en Massachusetts es el ideal que muchos quisieran que se hubiera repetido en América Hispánica en

vez del esfuerzo español, condenado con frecuencia como el origen de tantos males que se padecen en la sociedad actual. Este deseo es ilusorio, primero, porque la corriente puritana fue la excepción o, si se quiere, la protesta dentro de la colonización inglesa. Y en definitiva, la diferencia radicaba no en el hecho de ser ingleses o españoles, sino en el grado de injerencia que tuvo el capital en las distintas empresas colonizadoras. El trabajo de Newton, que nos brinda la oportunidad de comparar las actividades de los puritanos ingleses en Estados Unidos y en la isla colombiana de Providencia, destruye muchos mitos que se han tejido sobre las supuestas bondades de la colonización inglesa en el trópico.

El libro narra la vida de la colonia puritana desde sus antecedentes y su fundación, en 1629, hasta la definitiva destrucción, en 1641, a manos de las fuerzas militares españolas. Toda la obra constituye la referencia indispensable para este tema, pero sin lugar a dudas la parte más interesante es la primera, que comprende los años 1629-1635 (capítulos I a VIII), cuando se llevó a cabo el único intento de crear una sociedad ideal en la convulsionada zona del Caribe colonial.

Los objetivos en Providencia eran los mismos que en Massachusetts: "sentar las bases de un monumento eterno y glorioso representado en la propagación de la verdadera religión" (pág. 101). La isla cumplía la función de ser un refugio para los puritanos que eran perseguidos en Inglaterra. Según la disponibilidad de viajes, algunos iban a Massachusetts, otros a Providencia, pero todos eran de la misma composición social y motivados por el fervoroso deseo de pertenecer a "una sociedad ordenada de acuerdo con los dictados de religión y gobernada con justicia y equidad, pero basada en el más rígido modelo puritano" (pág. 103).

El modelo puritano no toleraba ninguna otra creencia espiritual, a pesar de haber sufrido la persecución religiosa en Inglaterra. El trabajo honrado del individuo y su familia era exaltado como la máxima obligación. Trabajar y rezar, he ahí las

dos funciones del puritano, que no podía dejarse arrastrar por distracciones: los bailes mixtos estaban prohibidos, y cuando llegaron a Providencia mesas de juego, dados y cartas, todo fue quemado públicamente. Las numerosísimas referencias al vino en la Biblia impedían prohibir el consumo de bebidas alcohólicas, pero un control riguroso limitaba sus ventas a mínimas cantidades y solamente en ocasiones especiales. Sobre decir que se ejercía una vigilancia permanente sobre la moral y las costumbres de todos los individuos en la isla, y que cualquier comportamiento que se desviaba de las normas puritanas acarrearía rápidos castigos, que llegaban hasta la expulsión o la ejecución.

La Compañía de la isla de Providencia, promotora de la fundación de esta segunda colonia puritana, podía sentirse orgullosa de haber establecido en el Caribe una copia de la que existía en Massachusetts. Pero había una diferencia fundamental que desde la misma fundación, en 1629, empezó a traer resultados muy distintos: mientras que Massachusetts fue obra de familias puritanas cuyo único recurso era su propio trabajo, Providencia juntaba las dos metas contradictorias de querer ser una sociedad ideal y al mismo tiempo una inversión rentable. En efecto, los puritanos que habían invertido capitales en la empresa esperaban y exigían que la isla produjera jugosas utilidades. El hecho de estar situada Providencia en una zona tropical y entre colonias españolas ejerció también alguna influencia, pero la explicación decisiva para el desenvolvimiento divergente entre Massachusetts y la isla del Caribe la encontramos en la presencia del capital mercantil.

A los inmigrantes puritanos rasos los movía un sincero fervor religioso y actuaban con la más escrupulosa honradez, pero los representantes de la Compañía en la isla sabían que su permanencia en los cargos directivos dependía de las utilidades que remitían a Londres. Los suelos de Providencia, complementados con la pesca, bastaban para dar un sustento abundante para la pequeña y laboriosa población puritana, pero no había la

más remota esperanza de que se convirtieran en fuente de considerables sumas para remitir a Inglaterra. Por eso fracasaron los intentos de establecer plantaciones en la isla, y los esclavos introducidos por los dirigentes locales de la Compañía en 1633, se fugaron a los montes o mantenían a los habitantes en permanente zozobra.

El contrabando con las colonias españolas rendía ciertas utilidades, pero no las suficientes para satisfacer las exigencias de la Compañía, cuyas deudas aumentaban día tras día. Desde 1631 barcos corsarios habían arribado a Providencia aprovechando la tradicional hospitalidad de los puritanos, y de ahí había sólo un paso para que los empleados locales de la Compañía se lanzaran con avidez a atacar cuanta embarcación española pasara cerca de la isla. El botín recaudado constituía una tentación demasiado fuerte, y pronto los puritanos, tanto directivos como colonos rasos, se vieron arrastrados a convertir la piratería en la actividad principal y ciertamente la más lucrativa; incluso se olvidaban de remitir utilidades a la Compañía, confiados en que con las sumas recogidas podrían después acallar con sobornos las quejas de Londres.

En menos de cinco años, entre 1630 y 1635, Providencia se había transformado de sociedad ideal en guarida de piratas, donde toda clase de excesos no sólo eran permitidos sino estimulados. Los puritanos que no se habían dejado corromper abandonaron la isla para ir a Massachusetts, que aún conservaba su estricta disciplina original. Las noticias llegaron a Inglaterra, y desde 1635 fue imposible atraer a más inmigrantes, que, escandalizados por los sucesos de la isla, se dirigían exclusivamente a Massachusetts, donde todavía se luchaba por la sociedad ideal.

A partir de 1635, cuando comenzó la segunda etapa de la vida de la colonia (capítulos VIII a XIV), la Compañía en Londres aceptó la nueva situación y pasó a considerar la isla de Providencia solamente como una inversión mercantil, confiando en que ahora pudiera recuperar los capitales de los socios. Regresó así Providencia

a los dos patrones interrelacionados y tradicionales del Caribe colonial: la búsqueda despiadada de ganancias y la lucha militar entre las potencias europeas por el control de las islas.

La idea de la colonia puritana modelo quedó totalmente abandonada, y se dio rienda suelta a cualquier actividad que significara ganancias sobre el capital. Se trajeron más esclavos para volver a insistir en las plantaciones, pero el resultado fue una sublevación difícilmente reprimida. Mayores éxitos se lograron con la piratería, que se convirtió en fuente indiscutible de botín para los directivos de la Compañía en la isla y para los corsarios, pero no para la sede londinense, que sólo cargaba con las deudas.

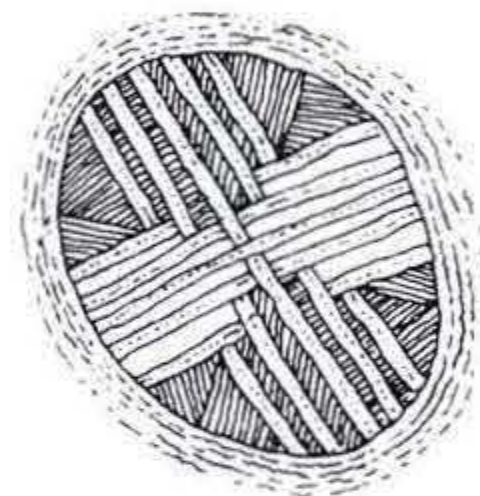
Más grave aún: la piratería incessante provocaba represalias españolas, especialmente cuando los corsarios de Providencia emprendieron ataques a posiciones de Tierra Firme. Rechazados varios contraataques españoles, finalmente en 1641 fue capturada la isla y expulsada la población de origen inglés. Este fue apenas el primer episodio en la larga lucha militar entre España e Inglaterra por el dominio del archipiélago de San Andrés y Providencia.

El libro de Newton se sustenta en una cuidadosa investigación y constituye un valiosísimo aporte para conocer los albores de la colonización en la isla de Providencia. Como el autor situó el tema dentro de la historia de Inglaterra y se limitó a consultar documentos ingleses, con escasa referencia a fuentes españolas, el lector colombiano puede sentirse distraído por las innumerables referencias a las actividades británicas tanto en el viejo como en el nuevo mundo. Sin embargo, esta perspectiva, distinta de las hispanizantes de que antes se disponía en Colombia, permite enriquecer el tema con una nueva dimensión.

El autor del libro pertenece al grupo de historiadores ingleses que a finales del siglo XIX se dedicaron a investigar la colonización británica en Estados Unidos y el Caribe. Para su estudio sobre los puritanos en Providencia, se basó en los archivos de la

Compañía colonizadora de la isla, que aún se conservan en Londres.

RENE DE LA PEDRAJA TOMAN



Prosa rimbombante y fuentes secundarias

La vida de don Miguel Antonio Caro
Marco A. Díaz Guevara
Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1984,
317 págs.

Después de la publicación de los artículos de Antonio Gómez Restrepo (*Caro, crítico*, 1914), Luis López de Mesa (*Miguel Antonio Caro*, 1943, y *Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo*, 1944), José Manuel Rivas Sacconi (*Miguel Antonio Caro, humanista*, 1947) y Tomás Rueda Vargas (*El señor Caro y su casa*, 1954), y de las obras de Alfonso Robledo (*Don Miguel Antonio Caro y su obra*, 1912), Manuel A. Bonilla (*Caro y su obra*, 1947), Margarita Holguín y Caro (*Los Caros en Colombia* 1953) y Guillermo Torres García (*Personalidad política de Miguel Antonio Caro*, 1956), no se producía en el país un acercamiento biográfico a Miguel Antonio Caro.

Marco A. Díaz G. presenta ahora una biografía de Caro que no supera los defectos de anteriores trabajos sobre el tema. Su libro muestra inicialmente "La augusta dinastía" de la familia Caro desde la llegada de Francisco Javier Caro a Cartagena en compañía del virrey Flores, su posterior matrimonio en Santafé con la dama española doña Carmen Fernández, y la descendencia que se iría ampliando hasta más allá de José Eusebio Caro y sus hijos, uno de los